

Obispos mudos

No soy partidario de que hablen mucho los obispos. Una moderación en la palabra episcopal evita muchos inconvenientes. Pero una cosa es la parquedad y otra muy distinta el silencio sepulcral al que nos tienen sometidos a los católicos nuestros obispos ante los graves problemas humanos que la actual crisis económico-social está produciendo en el país. Sólo se fijan en el divorcio o en el privilegio para los colegios religiosos.

Se dice que debemos inspirarnos los católicos en un humanismo de raíz cristiana, y sigue proclamando Juan Pablo II la necesidad de una enseñanza social proveniente del Evangelio; pero nuestros dirigentes espirituales, los representantes calificados oficialmente para difundir el mensaje social del cristianismo, brillan por su silencio y parece que se los ha comido la tierra.

Leemos en las revistas especializadas que existe hoy un mínimo de millón y medio de parados, sin contar los jóvenes que no pueden colocarse año tras año, y en este quinquenio que empieza necesitaremos tres millones de nuevos empleos para absorber la mano de obra que accederá al mundo del trabajo en esos cinco años en nuestro país.

El crecimiento de los gastos corrientes del Estado se prevé que en 1979 subirá el 24 por 100, y que el 75 por 100 del gasto presupuestario es de carácter consuntivo, a pesar de estar nuestro país en una situación de profunda crisis inflacionaria, dando así el mal ejemplo estatal de un afán despilfarrador de graves consecuencias materiales y morales para la nación. El erario público —reduciéndolo a sus lógicas proporciones—, lo que debía hacer, en cambio, es apoyar la economía de la empresa privada, para salir así de la atonía en que se encuentran el comercio y la industria del país.

Las tímidas y escasas medidas económicas anunciadas se centran preferentemente en una política económica monetaria o en unas cifras macroeconómicas ambiguas, cuando debían dirigirse a realizar una política económica real, porque de seguir así "puede ser que lleguemos a tener unas reservas de 30.000 millones de dólares cuando la industria haya prácticamente desaparecido", como observa Durán Farrell.

El paro aumenta incesantemente; las empresas caen como racimos; el

deudor no paga la mayor parte de las veces; los medios financieros se hacen cada vez más caros, difíciles y exigentes, ahogando las posibilidades de los empresarios; la insatisfacción social es creciente; aumenta el desánimo ante el necesario factor de productividad, que necesitamos aumentar urgentemente para poder sobrevivir.

Y ante todo ello permanece demasiado pasivo un Gobierno que dice inspirarse en los valores humanos del cristianismo. Y los dirigentes espirituales de los católicos españoles —los obispos— han perdido la palabra ante tamaño problema, porque su afinidad con quienes gobiernan paraliza su lengua.

Durante la Monarquía se levantaban algunas pocas voces sociales de obispos como el famoso Torras y Bages; en la Segunda República tuvimos llamadas de atención de algunos obispos; en la guerra civil y posguerra, el benemérito Vidal i Barraquer protestó de los excesos de los nacionales, y al final de su vida levantó la voz el cardenal Gomá, asustado por el ciego nacionalismo franquista; y en el período franquista más feroz tuvimos tres heroicos obispos que se mostraron contrarios al régimen social imperante: el cardenal Segura, en Sevilla; monseñor Pildain, en Canarias, y el perseguido obispo de Calahorra, don Fidel García.

Aquél —entre estos tres— se negaba a colaborar con la mascarada franquista de contubernio cívico-eclesial. Pildain levantaba su voz contra los abusos administrativos y sindicales. Y el bondadoso don Fidel tuvo que abandonar Calahorra, porque no le dejaba vivir el régimen desde que denunció la campaña oficial a favor de la política nazi anticristiana.

Fueron pocos ciertamente los que levantaron su voz; pero, al menos, hubo alguno. Hoy, en cambio, nada oímos de nuestros obispos en el campo económico-social. Cuando más, se entretienen unos pocos en pedir una cosa verbal: que figure en la Constitución el nombre de Dios. O se nos martillea cada semana las meninges con una Carta a los diocesanos de Madrid, que parece ser portavoz de las vagas y abstractas palabras ucedistas.

Echo de menos como católico aquellas pastorales del batallador obispo Pildain desde 1944 a 1947, recordando que los obispos debían intervenir, "al menos a título de humanidad", para combatir las injusticias eco-

E.
MIRET
MAGDA
LENA

nómico-sociales de aquel régimen político, diciendo que "el Estado... debe ser árbitro de las ambiciones y concupiscencias de los hombres". Que es "ineludible deber del Estado procurar trabajo a los que se encuentran en paro forzoso, y en especial a los padres de familia y a la juventud". Que "el Estado... debe exigirles a los funcionarios... una sobria y prudente administración". Que no es de ningún modo lícito que "los Estados... estén atacados de megalomanías políticas o pretoriañas, necesitando fabulosas cantidades de dinero para mantener sus gigantescas máquinas centralizadoras y absorbentes".

Nuestros obispos actuales hacen, en cambio, caso omiso de la situación económico-social del país, y se olvidan de que el Gobierno —formado por políticos católicos que hacen profesión pública de "humanismo cristiano"— tienen como plan económico-social fundamental el "laissez faire, laissez passer"; y que no se acuerdan para nada de la mayor parte de las empresas españolas, que son las pequeñas y medianas, cuando el Papa Pío XII pedía que "es necesario garantizar y promover la pequeña y mediana propiedad en la agricultura, las artes y oficios, en el comercio y en la industria". Y añade: que "no se diga que el progreso técnico está en oposición con este régimen y que, en su corriente irresistible, arrastra a toda actividad hacia administraciones y organizaciones gigantes. No; el progreso técnico no debe determinar la vida económica, como si fuese un hecho fatal y necesario".

Por eso enseñaba el obispo Pildain, tan socialmente ejemplar: "Guardaos de estimar y distinguir, como si fuesen católicos beneméritos, a aquellos que no practican la doctrina social católica". Y por lo mismo es a los gobernantes que se llaman católicos a quienes más debían exigir nuestros obispos.

Pero, ¿cuándo oiremos la voz social de nuestro episcopado impulsando a una actuación firme económico-social a nuestro Gobierno, que está formado por católicos tan sumisos a ellos? ■